





Oídos en el rincón



Primera edición 2007

Producción: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones

D.R. © Mónica Beltrán Brozon

D.R. © 2007 de la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, CP 06500
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas
de esta edición son propiedad de la Dirección
General de Publicaciones del CNCA

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General
de Publicaciones.

ISBN 970-35-1367-0
978-970-35-1367-3

Impreso y hecho en México

Oídos en el rincón

M.B. Brozon

Ilustraciones: **María del Mar Hernández Gázquez**



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes





No era extraño que la arañita se llamara Soledad, que Valeria le pusiera ese nombre porque no convivía con otras arañas y que estuviera sola en la esquina que formaban dos paredes rosas y un techo azul cielo en su recámara. Era sólo que las patas de la arañita se parecían muchísimo a las pestañas de la tía Soledad: largas, negras y muy separadas.

Lo que sí empezó a resultar un poco extraño, sobre todo para la mamá de Valeria, era que la araña y su hija se hubieran hecho tan amigas.



Las niñas de la edad de Valeria (y las de cualquier edad, para ser francos) suelen hacerse amigas de otras niñas, no de arañas solitarias que habitan en las esquinas de los cuartos.

La mamá de Valeria sabe que Soledad no se come ni se comerá los moscos que compraron en



el mercado para alimentarla. Sabe que no es muy higiénico eso de mantener una esquina llena de telarañas, sospecha que para Valeria sería una gran tragedia que tomara la escoba y se deshiciera de una vez por todas de Soledad, para dejar limpia la esquina. Pero también hay cosas que no sabe.

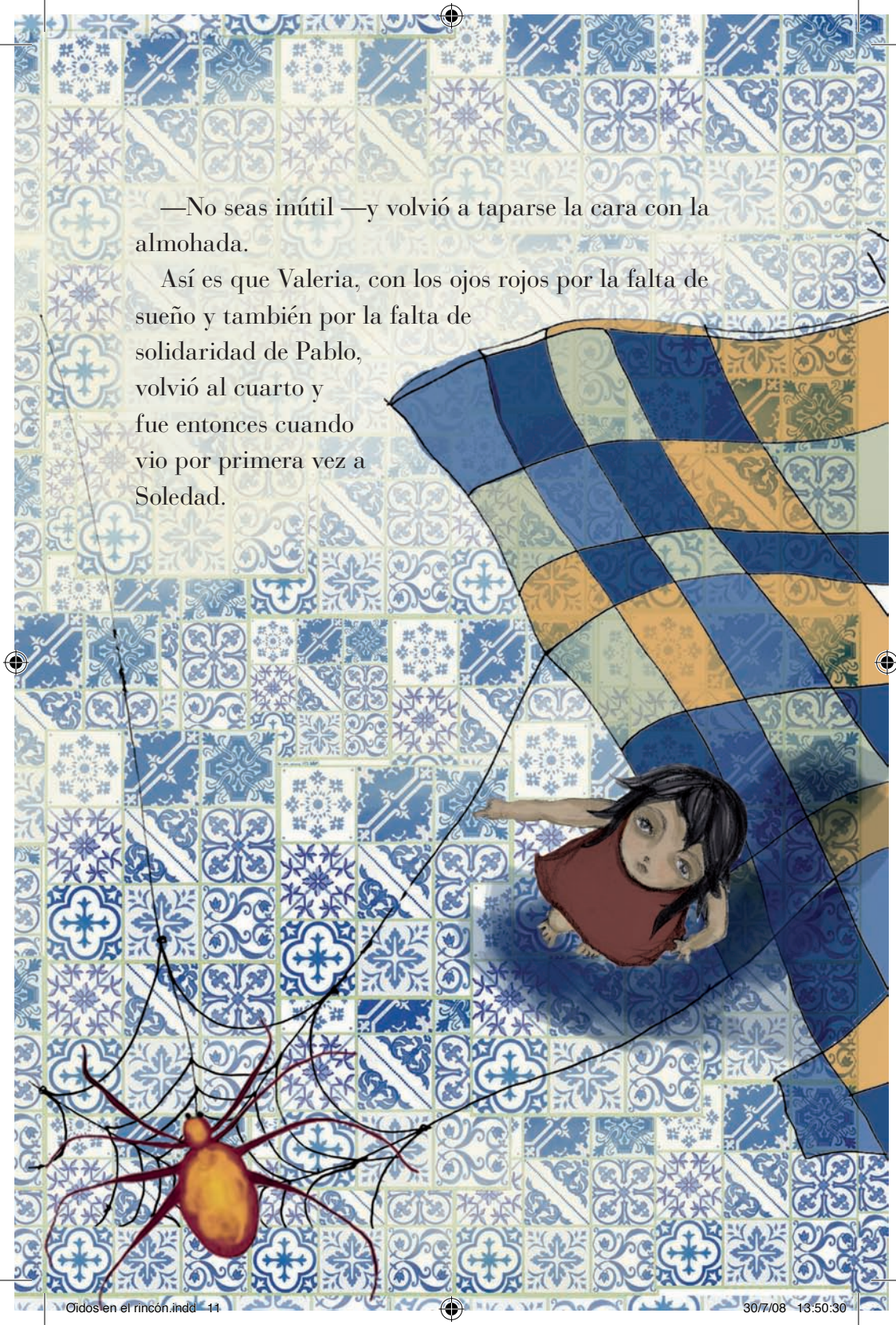


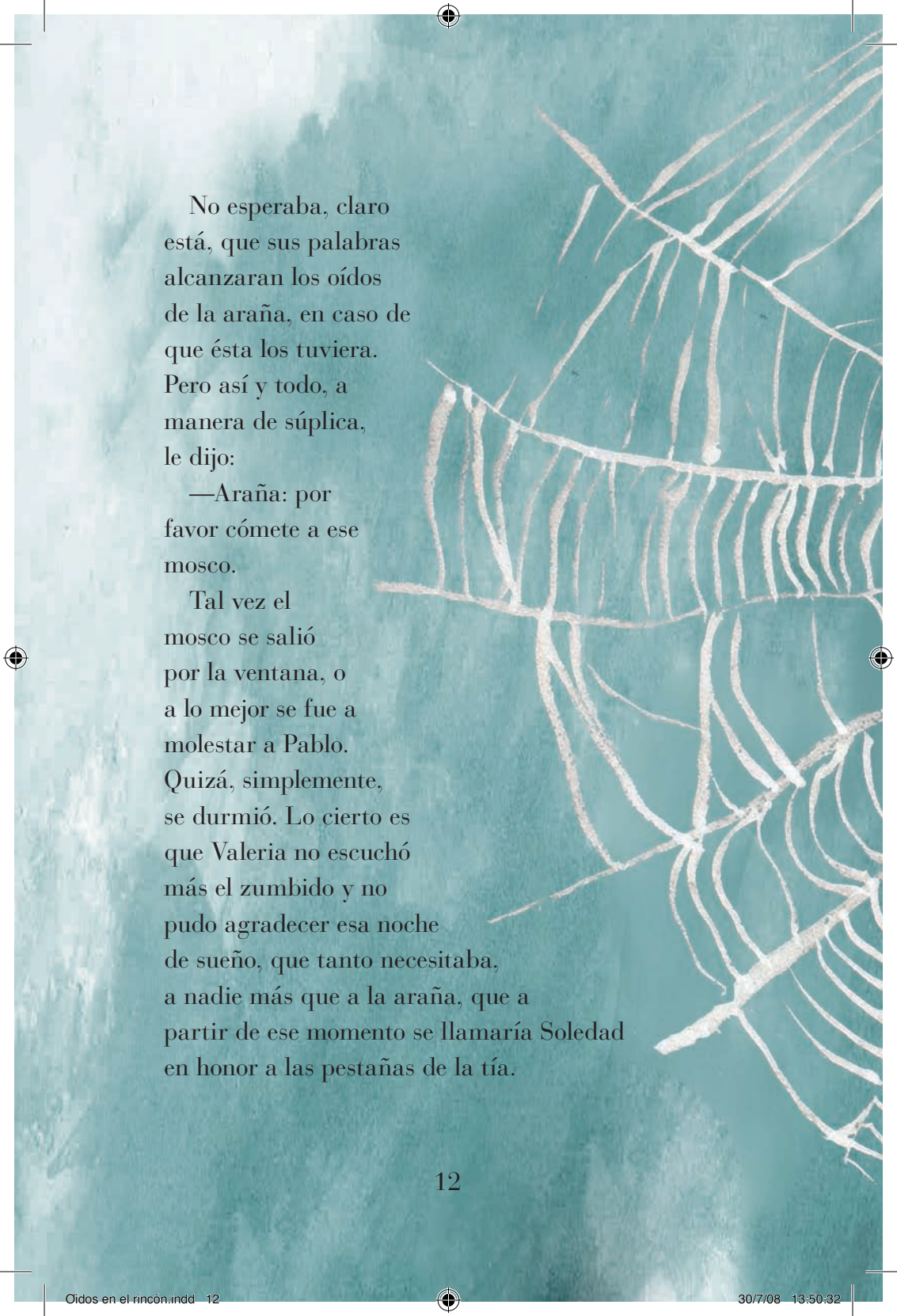


No sabe de
aquella noche en
que Valeria no podía
dormir por culpa de ese mosco,
que zumbaba tan fuerte, que parecía que
intentaba metérsele en las orejas. Y que
cuando fue a despertar a Pablo, el hermano
mayor cuya función, en teoría, debía ser ayudar
a su hermana a deshacerse del mosco, él le respondió
con un adormilado:

—No seas inútil —y volvió a taparse la cara con la almohada.

Así es que Valeria, con los ojos rojos por la falta de sueño y también por la falta de solidaridad de Pablo, volvió al cuarto y fue entonces cuando vio por primera vez a Soledad.





No esperaba, claro
está, que sus palabras
alcanzaran los oídos
de la araña, en caso de
que ésta los tuviera.
Pero así y todo, a
manera de súplica,
le dijo:

—Araña: por
favor cómete a ese
mosco.

Tal vez el
mosco se salió
por la ventana, o
a lo mejor se fue a
molestar a Pablo.
Quizá, simplemente,
se durmió. Lo cierto es
que Valeria no escuchó
más el zumbido y no
pudo agradecer esa noche
de sueño, que tanto necesitaba,
a nadie más que a la araña, que a
partir de ese momento se llamaría Soledad
en honor a las pestañas de la tía.



Al día siguiente en la escuela, ni Marijón, ni Roberto, ni la maestra, ni siquiera el señor Chucho, que arreglaba los desperfectos de la escuela y que debía de estar bien familiarizado con historias de arañas, pudieron responder a la pregunta de si las arañas tenían oídos o no. Los que parecían no tenerlos, claro, eran los interrogados, que uno a uno miraron a Valeria como si estuviera loca.



La mamá de Valeria tampoco era muy buena, ni para el asunto de las arañas, ni para el de responder a las preguntas. No pareció escuchar la de Valeria. Bueno, tal vez para ella no era tan importante si las arañas tenían oídos o no.

Y aunque nadie fue capaz de responderle, pronto Valeria se convenció de que



Soledad sí tenía oídos. Esa tarde, después de comerse su pollo y comprobar que Soledad de nuevo no se había comido sus mosquitos con limón (que no es por nada, pero parecían bastante buenos), Valeria se lo platicó todo. Por primera vez pudo echar fuera todas sus tristezas, todas sus preocupaciones y también alguna que otra carcajada. Le contó de la vez que se perdió un cuaderno en el salón y todo el mundo le echó la culpa a ella. Le habló de Nicolás, el niño nuevo de la banca de atrás. ¡Habló de los ojos verdes de Nicolás, y hasta dijo —eso sí, en voz muy baja— que le gustaban un poco! Soledad tampoco pudo decirle si tenía oídos o no, pero se lo demostró con claridad.

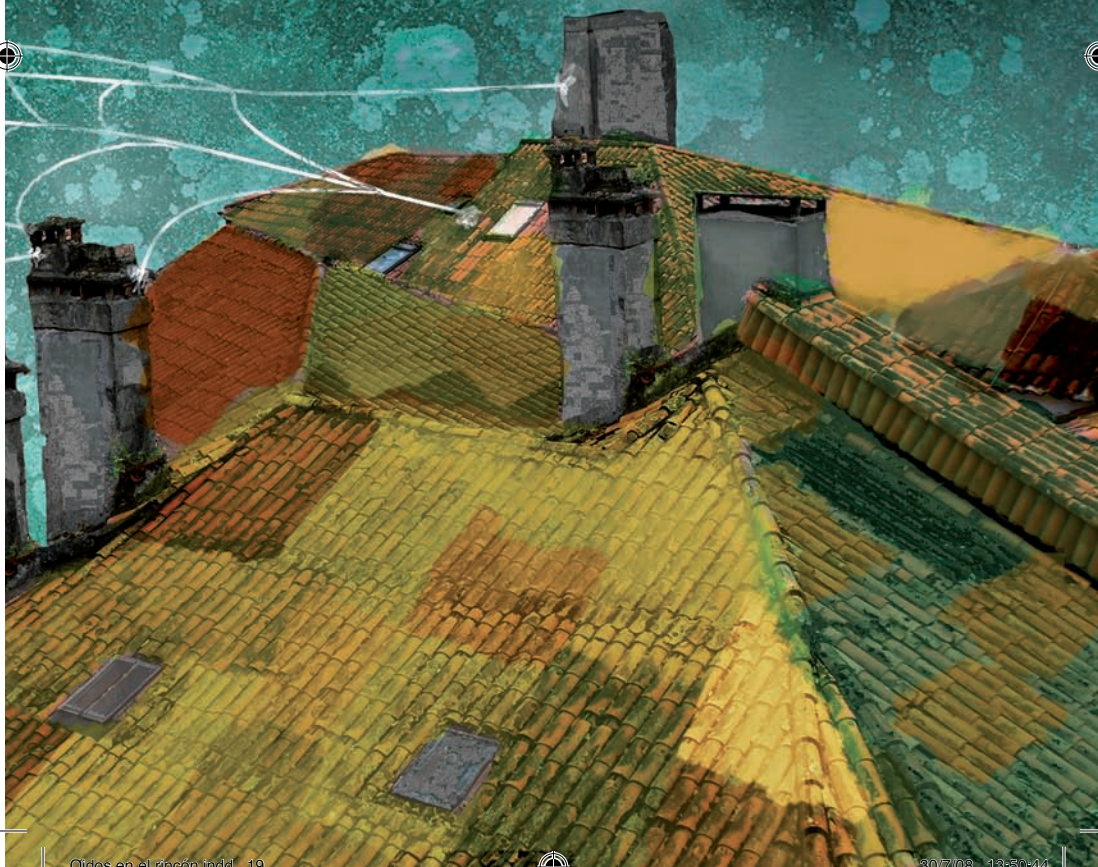




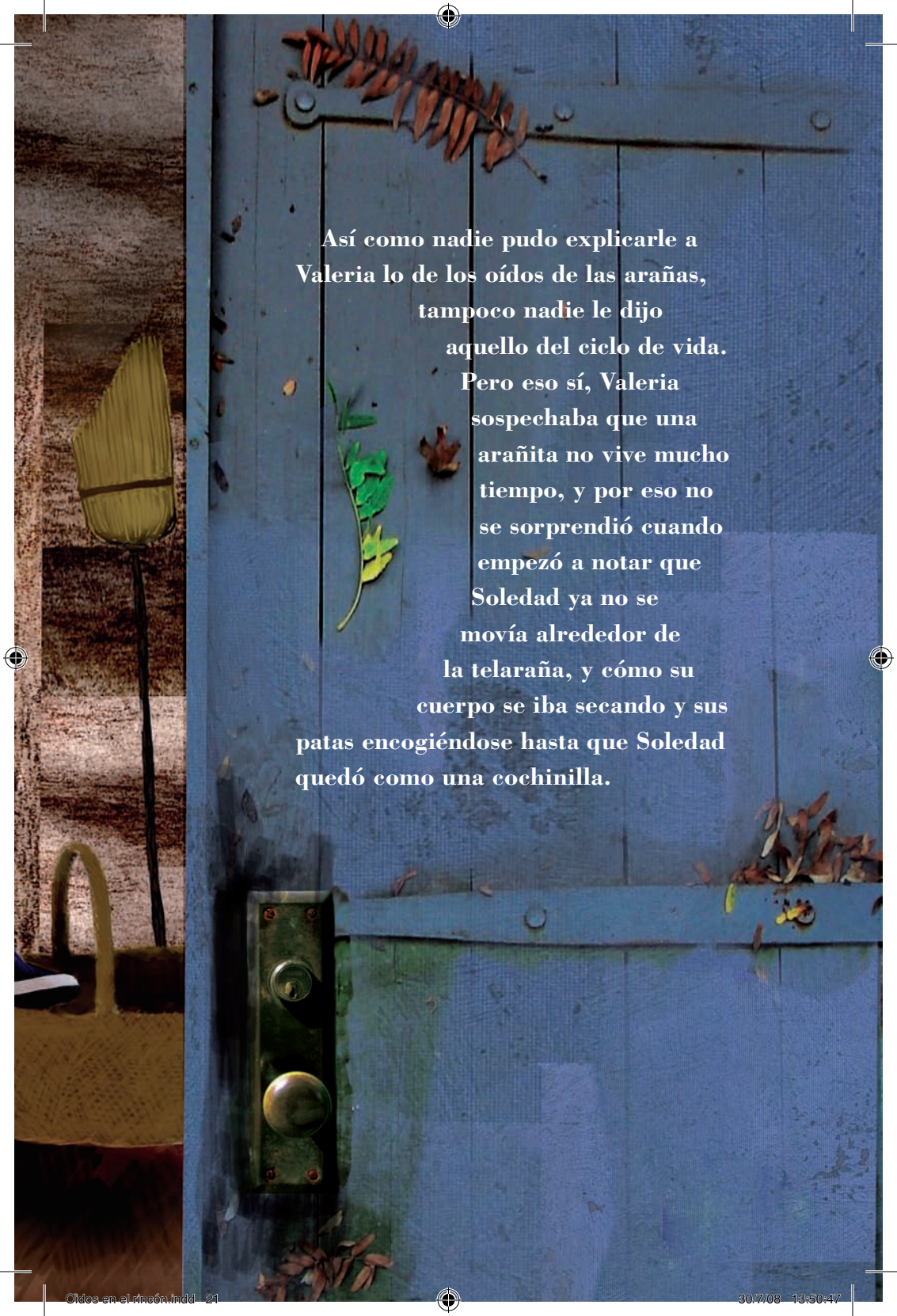
Y es que Valeria sintió entonces como si en ese ratito hubiera puesto su alma a dieta, como si todas esas cosas que tenía que decir y nadie estaba dispuesto a escuchar, fueran kilos que habían dejado de pesarle.



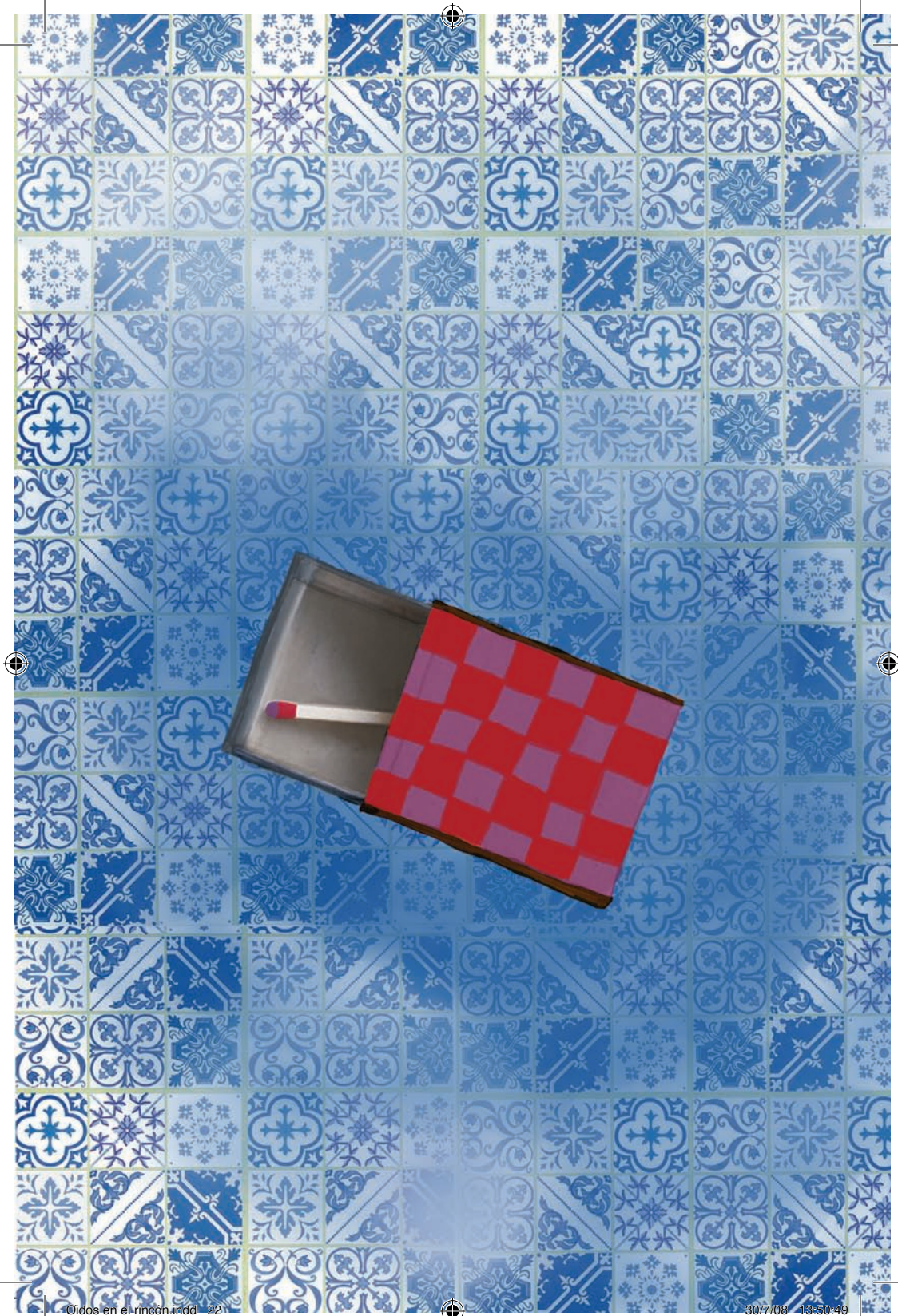
—Mejor tener de amiga una araña que te escuche y no una niña que te pateo la rodilla cada vez que le haces una pregunta —repetía una y otra vez Valeria cuando le decían que sólo alguien que estaba completamente chiflado podía ponerse a platicar con una araña. Lo de la patada era verdad. Ciertamente sólo una vez Marijó le había pateado la espinilla, y eso quizá porque la pregunta de Valeria le pareció muy tonta, y Marijó no pensó que las niñas de seis años, además de todas las personas, tienen derecho a hacer preguntas tontas de vez en cuando.

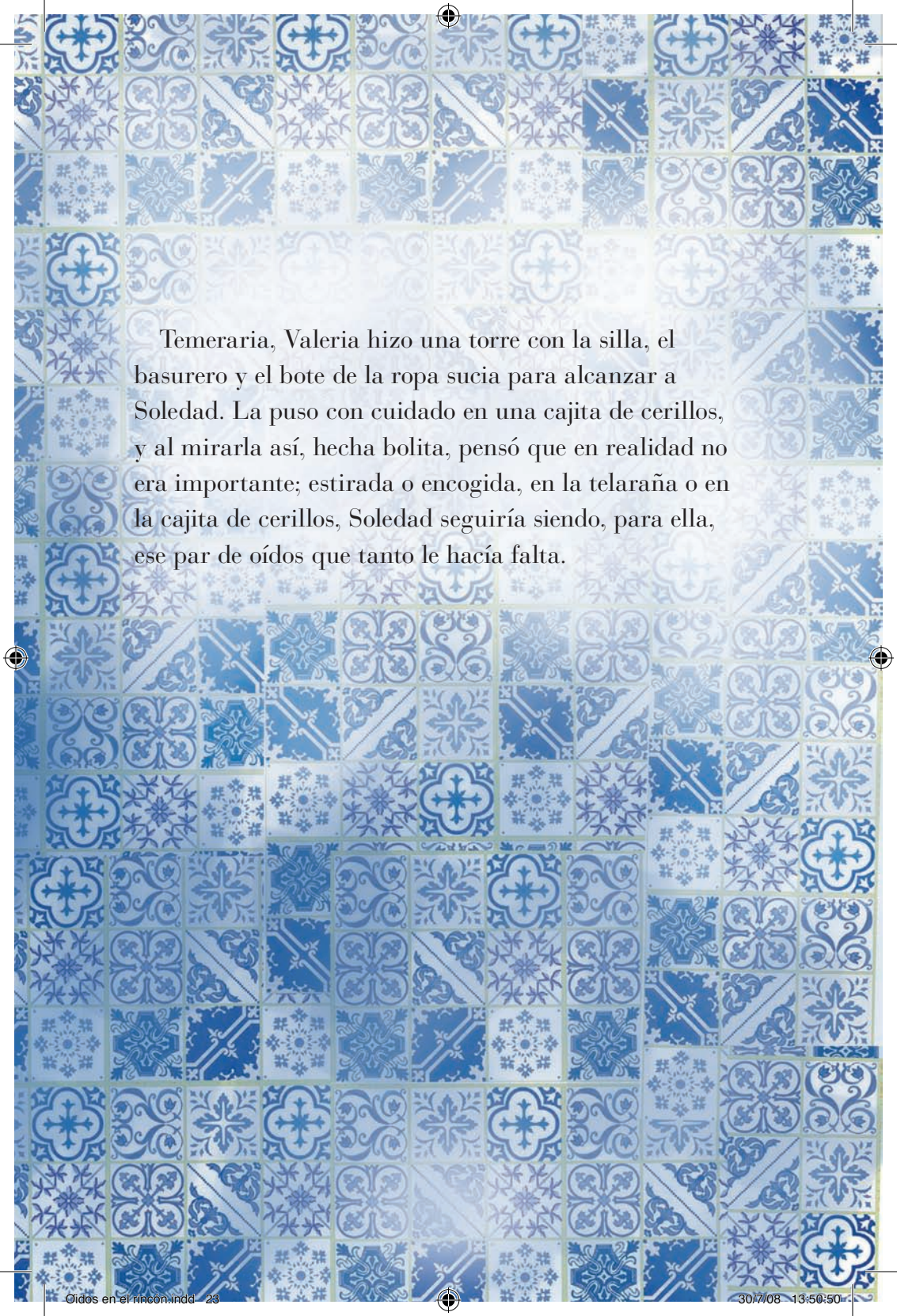






Así como nadie pudo explicarle a
Valeria lo de los oídos de las arañas,
tampoco nadie le dijo
aquello del ciclo de vida.
Pero eso sí, Valeria
sospechaba que una
arañita no vive mucho
tiempo, y por eso no
se sorprendió cuando
empezó a notar que
Soledad ya no se
movía alrededor de
la telaraña, y cómo su
cuerpo se iba secando y sus
patas encogiéndose hasta que Soledad
quedó como una cochinilla.





Temeraria, Valeria hizo una torre con la silla, el basurero y el bote de la ropa sucia para alcanzar a Soledad. La puso con cuidado en una cajita de cerillos, y al mirarla así, hecha bolita, pensó que en realidad no era importante; estirada o encogida, en la telaraña o en la cajita de cerillos, Soledad seguiría siendo, para ella, ese par de oídos que tanto le hacía falta.

Oídos en el rincón

Se terminó de imprimir en el mes
de octubre de 2007, en los talleres
de Ediciones Corunda, S.A. de C.V.
Panteón 209, col. Los Reyes Coyoacán,
CP 04330, México, D.F.
con un tiraje de 4000 ejemplares.

Cuidado de edición: Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Para más información sobre esta obra:
www.mbbrozon.com

